

tado y ruina de los ángeles; la justificación y gloria de los buenos, la caída y castigo de los malos; el estado primero de Adán y Eva con su inocencia; el engaño, la culpa y miseria en que por ella quedaron los primeros padres, y por ellos todo el linaje humano; la determinación de la divina voluntad para su reparo, y como se iba acercando y disponiendo el orden y naturaleza de los cielos, astros y planetas, la condición y disposición de los elementos, el purgatorio, limbo e infierno; y como todas estas cosas y las que dentro de sí encierran, habían sido creadas por el poder divino y por el mismo eran mantenidas y conservadas solo por su bondad infinita, sin tener de estas alguna necesidad. Y, sobre todo, entendió muy bien algunos sacramentos sobre el misterio que Dios había de obrar haciéndose hombre para redimir a todo el linaje humano, habiendo dejado a los malos ángeles sin este remedio »

La principal dificultad que puede presentarse contra todo lo dicho es que tal especie representativa de la esencia divina debería tener semejanza natural con Dios, y, por lo tanto, debería representarlo como es, y esto es imposible, porque tal especie no sería el mismo Dios sino una semejanza creada de sí mismo, y no hay criatura, por perfectísima que se la suponga, que pueda representar a Dios como es en sí.

Pero si se tiene en cuenta que la semejanza que de sí mismo Dios impresionaría en la mente de la Santísima Virgen no procedería de Él sino voluntaria y libremente y, por lo tanto, de su voluntad dependería el grado de semejanza y de parecido en ella pusiera de la divina esencia; podría circunscribirlo y ampliarlo a su antojo, como, según sus deseos, comunica su perfección a las criaturas. No procedería tal especie, como el Hijo y Espíritu Santo proceden del Padre, a manera de natural desenvolvimiento, si es lícito hablar así; sino que procedería como el acto de misericordia procede del corazón bondadoso, y así como Dios, aunque es amor infinito y desea infinitamente comunicarse, no ha podido hacer que criatura alguna adquiriera con Él igualdad de naturaleza, aunque bajo otro respecto hizo que la Santísima Virgen fuera superior a su Verbo; así, aunque Él quisiera que alguna especie lo representara con toda su infinita perfección, no sería esto posible. Y si la semejanza que Él impresionara de sí mismo para ser conocido cuanto criatura humana pudiera conocerlo durante la vida no es infinita ¿por qué no podría infundirla en la purísima alma de María para que, conociéndolo del modo más perfecto, su amor a Dios fuese correspondiente al singularísimo amor que la Trinidad Beatísima tenía a Ella?

Ah! el amor es de actividad sin límites; hace concebir lo imposible; se sostiene pensando en el privilegio para la persona amada ¿Se duda acaso que el amor de Dios a María fue el de hijo a Madre? ¿por que dudar que, así como Él tomó de Ella naturaleza humana igual a la suya, procuraría comunicarle la semejanza mayor posible de su divina esencia? Nos parece, por lo tanto probabilísima toda la doctrina que sobre este punto expone con tanta precisión teológica, con tanta ternura de piedad y con estilo tan castizo y tan hermoso la V. Sor María de Agra.

*Franco S. Marón*